XXII Domingo del Tiempo Ordinario C

Amigo, sube a otro puesto

"Entró Jesús en casa de uno de un fariseo y, notando que los convidados escogían los primeros lugares, les dijo: Cuando te inviten a una boda no te sientes en el puesto principal". San Lucas, cap. 14.

"Disculpe, señora, ese puesto es para el gerente". " ¡Qué pena, doctor! ¿Le molesta hacerse allá en la esquina?" "Por favor, joven, a usted le corresponde en la otra mesa". Lo que hoy ocurre en las celebraciones, o en las comidas de lujo, también tenía lugar en tiempos de Jesús.

Un fariseo invitó al Maestro a comer en su casa. Era un día de sábado. Ya habría caído el sol y terminaba el descanso legal.

San Lucas anota que los fariseos, como era su costumbre, estaban al acecho. El Señor miraba que los comensales, al entrar, buscaban las primeras sillas.

Dijo entonces Jesús: Cuando te inviten a una boda, no te sientes en el puesto principal. Quizás han convidado a otro de más categoría y el dueño de casa te dirá: Cédele el puesto a éste. Y te sentirás avergonzado. Busca más bien el último sitio y de pronto te invitarán a subir.

Aquí el Señor habla de lugares físicos, pero su enseñanza toca también esos espacios y servicios - en la sociedad, en la Iglesia, en la familia- que clasificamos como secundarios o principales. Como deslucidos o brillantes.

El Evangelio nos enseña a elegir lo corriente, lo menos notorio, para que Dios, y la historia, nos inviten a ocupar un lugar superior.

Pero surge una objeción: ¿Cómo practicarán esta enseñanza aquellos y aquellas constituidos en autoridad? ¿Tampoco podrán ocupar los primeros puestos?.

El libro del Eclesiástico nos responde: "Hijo mío, procede con humildad y te querrán más que a hombre generoso. Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios."

Todo va entonces en el estilo con que unos y otros realicen su tarea. Algunos lo hacen con orgullo y arrogancia. Otros con sencillez de corazón.

Tal sencillez es el conjunto de actitudes que nos presentan, no como señores, sino como hermanos de todos. Un estilo que brota de recordar que unos y otros somos hijos de un mismo Padre Dios. Se fundamenta en el propio conocimiento. Al fin y al cabo los de arriba y los de abajo somos pequeños, frágiles, pecadores.

En el polo opuesto estaría la afectación, que se traduce en modales autoritarios y postizos. Así actúan quienes sufren un deseo inmoderado de aparecer, o "monomanía epifánica", mientras buscan el humo del incienso para ocultar sus limitaciones y carencias.

Esopo, un esclavo griego del siglo VI a. C., escribió de una rana que quiso hacerse grande, como un robusto buey que pastaba allí cerca. Con este propósito empezó a hinchar su delgado pellejo. Y preguntó a sus hijos: ¿ Ahora sí miráis que he crecido?

- Inútilmente lo intentáis, dijeron ellos. Pero la orgullosa rana hizo nuevos y violentos esfuerzos, hasta que reventó. Y el fabulista concluye: “Quien nació para rana no pretenda ser buey”.

El autor del salmo 130, expresa con inmenso realismo: “Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros. No pretendo grandezas que superan mi capacidad. Sino que modero mis deseos como un niño en brazos de su madre”.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y